

LA PARROQUIA: FAMILIA, CASA, MESA Y CALLE

**Para revitalizar la parroquia
como comunidad
evangelizada y
evangelizadora**

Miguel Payá Andrés

INTRODUCCIÓN

Tras un año de discernimiento pastoral, en el que habéis participado los Consejos Pastorales, los grupos parroquiales y los movimientos de la mayoría de las parroquias de la Diócesis, habéis decidido con casi total unanimidad que la prioridad pastoral del Plan Diocesano de Pastoral de los próximos cuatro años, sea la revitalización de la comunidad parroquial.

Ante todo debo destacar que sólo tiene proyectos de crecimiento quien tiene vida. Por eso detrás de vuestra decisión está, sin duda alguna, la vida pujante y gozosa de tantas de vuestras parroquias, los esfuerzos de tantos años por animar y estructurar la corresponsabilidad, la mejora de las actividades fundamentales de la parroquia, el intento de respuesta a los nuevos retos... No partís de cero, sino que os insertáis ya en una tradición renovadora importante, en la que han participado de modo ejemplar obispos, sacerdotes, laicos y personas consagradas, ilusionados por rejuvenecer el rostro de la Esposa de Cristo, la Iglesia, en su realización más concreta y visible. Ciertamente, no estáis satisfechos con lo logrado y por eso queréis avanzar. Pero intentáis nuevos logros porque tenéis esperanza en la presencia siempre renovadora del Espíritu y en las riquezas que él ha depositado en vuestra Iglesia.

Y habéis elegido como eje vertebrador de vuestro nuevo Plan el sujeto quizá más importante y decisivo en la Iglesia, la comunidad parroquial. Es decir, el lugar donde nacen todos los cristianos, donde forman y comparten su fe la mayoría de ellos, donde viven el despliegue completo de la celebración cristiana, donde aprenden y ejercitan la fraternidad como servicio de amor y corresponsabilidad, y desde donde son enviados a anunciar y testimoniar el Evangelio en todos los ámbitos de la vida humana. Pocas acciones pueden influir más en la renovación de la Iglesia como la revitalización de las parroquias. Porque la vitalidad de las parroquias tiene un efecto multiplicador sobre todos los demás desafíos que tiene hoy planteados la Iglesia.

Quisiera, en la medida de mis posibilidades, iluminar el nuevo camino que vais a emprender y, sobre todo, animaros a recorrerlo con confianza y decisión.

I. LA PARROQUIA, IGLESIA DE CRISTO EN UN LUGAR

1. LA MISIÓN DE CRISTO A TRAVÉS DE LA IGLESIA

La Iglesia es la realidad y la experiencia de Cristo que está presente y actúa a través de sus discípulos. Esto fue lo que descubrió San Pablo en el momento de su conversión y lo que estamos llamados a descubrir todos en ese proceso continuo de conversión que es nuestra vida en este mundo. Por tanto, la Iglesia no tiene razón de ser en sí misma sino en Cristo. Y no sólo porque ha sido fundada y enviada por él, sino porque su misión es, numérica y cualitativamente, la misma de Cristo. Ella no ofrece a los hombres nada propio, es puro instrumento de la acción de Jesús, que sigue ejerciendo sobre los hombres su función profética, sacerdotal y real. Y es precisamente el instrumento que le permite al Señor encontrarse con los hombres de todas las latitudes y de todos los tiempos: «Cristo, el único Mediador, estableció en este mundo su Iglesia santa, comunidad de fe, esperanza y amor, como un organismo visible. La mantiene así sin cesar para comunicar por medio de ella a todos la verdad y la gracia»¹, nos dice el Vaticano II. Esta dependencia total de Cristo convierte a la Iglesia en una sierva humilde, en la

¹ *Lumen gentium*, 8.

que Dios hace obras grandes, haciendo llegar su misericordia de generación en generación²; y también en una sierva humillada, porque «así como Cristo realizó la obra de la redención en la pobreza y la persecución, también la Iglesia está llamada a seguir el mismo camino para comunicar a los hombres los frutos de la salvación»³.

2. LA IGLESIA, SACRAMENTO DE CRISTO

Para descubrir las características concretas de este servicio humilde que la Iglesia presta a Cristo, la reflexión cristiana actual explica que ella es «sacramento de Cristo y de su salvación»⁴. La palabra «sacramento» traduce lo que San Pablo llama «misterio», es decir el designio salvador de Dios, eterno e invisible, que se ha manifestado y realizado en Cristo. Por eso Cristo es el «sacramento de Dios». Y la Iglesia es «sacramento de Cristo» en cuanto forma parte de él, lo manifiesta y hace presente en todos los tiempos.

Una primera realidad que expresa el concepto de sacramento aplicado a la Iglesia es la doble dimensión de la Iglesia, divina y humana, invisible y visible, de forma análoga a lo que acontece con Cristo encarnado. Pero, como sucede en Cristo, lo humano y lo divino forman una sola reali-

² Cf. *Lc* 1,47-55.

³ *Lumen gentium*, 8.

⁴ Cf. *Sacrosanctum Concilium*, 5; *Lumen gentium* 1 y 48.

dad: «el grupo visible y la comunidad espiritual, no son dos realidades distintas sino una única realidad compleja»⁵. Y, además, en ella «lo visible está ordenado a lo invisible»⁶, le sirve de mediación.

Y, más en concreto, la noción de sacramento subraya las siguientes características de la Iglesia. En primer lugar, la Iglesia es *fruto* de la salvación, es decir, es una obra divina, la hace Dios a través de Cristo y de su Espíritu. Es también *signo* de la salvación, porque hace visible la acción divina para que pueda ser recibida y apreciada por el hombre. Aunque, ciertamente, su manifestación de la obra de Cristo es parcial, pobre e incluso ambivalente, ya que Dios, al manifestarse en lo humano oculta también su divinidad, de modo que el hombre sólo ve en la oscuridad de la fe y no en una percepción clara y directa. La Iglesia, en tercer lugar, es *instrumento* de salvación, es decir, causa segunda y dependiente de Cristo. Aunque es también instrumento libre, que puede facilitar o entorpecer la acción divina. Y, por último, la Iglesia es *inicio y promesa* de la salvación definitiva. La obra de Cristo en la Iglesia es aún inicial e incompleta, pero supone ya en sí misma el anticipo y la promesa de la plenitud del plan divino sobre el hombre: «Ella constituye el germen y el comienzo de este Reino en la tierra. Mientras va creciendo poco a poco, anhela la

⁵ *Lumen gentium*, 8.

⁶ *Sacrosanctum Concilium*, 2.

plena realización del reino y espera y desea con todas sus fuerzas reunirse con su Rey en la gloria»⁷.

3. UNIVERSALIDAD Y LOCALIZACIÓN DE LA IGLESIA

La Iglesia tiene que ofrecer la única salvación a *todos los hombres*, de cualquier condición, tiempo y lugar. Y la tiene que ofrecer a *cada hombre*, en la concreción de su identidad, historia y situación. Desde el mensaje y el testimonio de Jesús, no caben abstracciones: la humanidad son las personas concretas, a las que Jesús ama hasta el extremo de entregar su vida por ellas. Esta doble exigencia de la misión salvadora, determina una articulación necesaria de la comunidad de salvación: la Iglesia tendrá que ser siempre *universal y local*.

Tendrá que ser universal, familia única, porque uno y único es su origen, Dios y su designio de salvación; uno y único es el destinatario de su misión, el género humano; unos y únicos son los medios que se le han concedido para realizar esta misión, la Palabra, los sacramentos, los ministerios, la fe, la esperanza y la caridad; y uno y único es el destino final, la participación gozosa de todos en la propia vida divina.

Pero esta universalidad necesita asumir un existencial

⁷ *Lumen gentium*, 5.

humano fundamental, el lugar. Por su corporalidad, el ser humano siempre está aquí o allá, y esta localización condiciona y define todas sus relaciones, incluso sus relaciones con Dios. El encuentro salvador siempre se produce en unas coordenadas espacio-temporales determinadas. De ahí que la Iglesia única tenga que ser al mismo tiempo Iglesia de Dios en Jerusalén, o en Antioquía, en Corinto o en Orihuela-Alicante. Y en cada uno de estos lugares, la acción trascendente de Dios se encarna en lenguajes, formas de vivir, costumbres y realizaciones marcadas por una cultura y una historia determinadas. El lugar es el medio en el que la Palabra de Dios se convierte en palabra humana; en el que Cristo asume como carne propia la carne concreta de unos hombres concretos; es el escenario real en el que la humanidad continua siendo asumida por el Verbo, «hasta que lleguemos todos a la plenitud de Cristo»⁸ y «Dios sea todo en todos»⁹. En definitiva, es en un lugar donde la Iglesia puede ser y actuar como sacramento de salvación.

Hay que advertir que universalidad y localización no pueden dissociarse, como si se tratara de dos realidades paralelas. El desafío es que lo universal sea al mismo tiempo lo más cercano posible, que la totalidad pueda ser vivida en la máxima concreción. Por eso la Iglesia local no es una parte de la Iglesia, sino toda la Iglesia que se hace presente en un lugar.

⁸ Ef 4,13.

⁹ 1 Co 15,28.

4. LA IGLESIA PARTICULAR, MANIFESTACIÓN PLENA DE LA IGLESIA

La Iglesia de Cristo se manifiesta y opera, de modo eminente y pleno, en la Iglesia particular o diocesana. Ella reúne a todos los bautizados que habitan en un territorio determinado, está presidida por un miembro del Colegio Episcopal, tiene todos los elementos constitutivos y estructurales que caracterizan a la Iglesia, cuenta con todos los medios de salvación con los que la dotó su divino Fundador, asume la plenitud de la misión evangelizadora en sus diferentes tareas y encarna el Evangelio en las condiciones sociales, históricas y culturales del territorio en el que está implantada.

Las Iglesias particulares forman parte de la estructura esencial de la Iglesia de Cristo, hasta el punto que sólo «en ellas y a partir de ellas existe la Iglesia católica, una y única»¹⁰. Por eso la Iglesia universal aparece como un «cuerpo de Iglesias»¹¹, que integra el único Cuerpo místico de Cristo, en el que cada Iglesia es como una célula viva, imagen fiel y operante del misterio de la Iglesia de Cristo. El Vaticano II nos ha dejado una definición preciosa de la Iglesia particular: «La diócesis es una porción del pueblo de Dios que se confía a un obispo para que la apaciente con la colaboración de su presbiterio. Así, unida a un pastor,

¹⁰ *Lumen gentium*, 23.

¹¹ *Ibid.*

que la reúne en el Espíritu Santo por medio del Evangelio y la Eucaristía, constituye una Iglesia particular. En ella está verdaderamente presente y actúa la Iglesia de Cristo, una, santa, católica y apostólica»¹². Esta definición muestra las fuentes o principios que hacen que la diócesis sea verdadera Iglesia y descubre también su dinamismo.

5. LA PARROQUIA, ÚLTIMA LOCALIZACIÓN DE LA IGLESIA

Pero el Vaticano II, después de afirmar la esencialidad de la Iglesia particular, tiene que reconocer inmediatamente que, como «el obispo no puede presidir personalmente a toda la grey en su Iglesia..., necesariamente debe constituir comunidades de fieles, entre las que destacan las parroquias, distribuidas localmente bajo un pastor que hace las veces del obispo, que representan a la Iglesia visible establecida por todo el mundo»¹³. Estas comunidades locales, que reúnen a los fieles por el anuncio del Evangelio y la celebración de la Cena del Señor, «son en su lugar el nuevo pueblo de Dios» y en ellas «está presente Cristo, quien con su poder constituye a la Iglesia una, santa católica y apostólica»¹⁴.

¹² *Christus Dominus*, 11.

¹³ *Sacrosanctum Concilium*, 42.

¹⁴ *Lumen gentium*, 26.

La parroquia es, pues, una célula viva de la Iglesia diocesana, en la que se produce «la última localización de la Iglesia» y, por tanto, constituye «la manifestación más visible e inmediata de la comunión eclesial»¹⁵. De hecho, en ella nacemos como cristianos y nos incorporamos a la Iglesia, y en ella vivimos y compartimos de forma directa y concreta ese «misterio de comunión trinitaria en tensión misionera»¹⁶ que es la misma Iglesia. Porque, ante todo, la parroquia, como comunidad «reunida por la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo»¹⁷, es el ámbito humano en el que la comunión divina se abre para incorporar en su seno a unos hombres concretos, para que la vivan, la manifiesten y la comuniquen en la historia. Por eso la parroquia no nace por libre iniciativa de sus componentes, sino por una decisión del obispo, sucesor de los Apóstoles. Es decir, nace como fruto, aquí y ahora, del dinamismo misionero que se inició en Pentecostés. Y nace para insertarse en ese mismo dinamismo apostólico, es decir, para guardar y transmitir la enseñanza de los Apóstoles, para anunciar y hacer presente su fuerza transformadora para los hombres concretos de este tiempo y este lugar.

En definitiva, en las comunidades parroquiales, aunque sean con frecuencia pequeñas y pobres¹⁸, Cristo ejerce su

¹⁵ *Christifideles laici*, 26.

¹⁶ *Pastores dabo vobis*, 12.

¹⁷ *Lumen gentium*, 4.

¹⁸ Cf. *Lumen gentium*, 26.

misión salvadora asociando a discípulos concretos, a los que convierte en sacramento de salvación para un determinado núcleo de convivencia humana, el pueblo o el barrio. Y, para estos cristianos concretos, «la parroquia es la casa de la comunidad cristiana a la que se pertenece; es la escuela de santidad para todos los cristianos, incluso para los que no se afilian a movimientos eclesiales definidos o no cultivan espiritualidades particulares; es el laboratorio de la fe, en el que se transmiten los elementos fundamentales de la tradición católica; y es el gimnasio de la formación, donde las personas se educan en la fe y son iniciadas a la misión apostólica»¹⁹.

Por último, la parroquia, como su mismo nombre indica, es un albergue de «peregrinos lejos aún de su hogar»²⁰, de gentes que, «aunque se adapten al género de vida, a los usos y costumbres de cada país,... habitan sus propias patrias, pero como forasteros; toman parte en todo como ciudadanos, y todo lo soportan como extranjeros; toda tierra extraña es para ellos patria, y toda patria, tierra extraña... Pasan el tiempo en la tierra, pero tienen su ciudadanía en el cielo»²¹. La parroquia es como el puesto de vigilancia, el lugar donde se alimenta y se comparte la añoranza de la patria, y donde se experimenta su cercanía. Es la atalaya

¹⁹ JUAN PABLO II, *Discurso a la Asamblea Nacional de la Acción Católica Italiana*, 19/2/2003: «O.R.».e.e., 28/2/2003.

²⁰ 1 P 2, 11.

²¹ *Discurso a Diogneto*, V-VI.

que nos permite descubrir que «el mundo ha sido formado por la palabra de Dios, de modo que lo visible proviene de lo invisible»²². En una palabra, es la instancia que nos hace ver la trascendencia de la historia, haciéndonos salir del círculo cerrado de lo terreno.

N.B.

El cuestionario que aparece después de cada parte de la ponencia es responsabilidad del equipo coordinador del Plan Diocesano de Pastoral.

Para el trabajo en grupo

1. ¿Qué se quiere decir con el título de la primera parte: «La parroquia, Iglesia de Cristo en un lugar»?

²² Hb 1,2.

II. LA PARROQUIA, FAMILIA DE DIOS

En la parroquia Dios se quiere acercar a la experiencia vital concreta de todos los creyentes, se quiere hacer vecino nuestro, compartir nuestras dificultades y nuestras esperanzas. Por eso la comunidad parroquial, a pesar de ser una comunidad «misteriosa», porque está transida por la presencia y la acción invisible de Dios, puede ser designada con una serie de imágenes, sacadas de nuestra experiencia humana de relación y convivencia. Así lo hace la misma Palabra de Dios y así lo habéis querido hacer también vosotros para comprender mejor la vida y las tareas de vuestras parroquias en el contexto actual.

Y la primera de estas imágenes nos la brinda la misma Sagrada Escritura. Decía San Pablo a los cristianos de Éfeso: «vosotros sois familia de Dios»²³. La familia, el hogar, es el ámbito más determinante para el hombre. En ella nacemos y aprendemos a ser hombres. Allí experimentamos los amores más gratuitos e incondicionales. Allí aprendemos a convivir y a comunicarnos, a respetar la diversidad, a colaborar en las tareas comunes. En ella experimentamos la verdadera libertad porque no necesitamos fingir, ya que se nos quiere y se nos acoge como somos. La familia

²³ Ef 2,19.

nos ofrece también la seguridad básica que necesitamos para vivir, porque nos ofrece la experiencia de lo que nunca falla.

Cuando aplicamos el nombre de familia a la comunidad cristiana, asumimos todas estas experiencias humanas pero potenciándolas y enriqueciéndolas desde la perspectiva del amor divino que en ella actúa. Veamos las principales dimensiones de la parroquia como familia.

1. HOGAR PATERNO

La parroquia es, ante todo, hogar paterno, de ese Padre que, según Jesús, es el único que merece ese nombre: «uno sólo es vuestro Padre, el del cielo»²⁴. Y, por tanto, también el hogar de los hijos.

En la parroquia se produce el acontecimiento fundamental y primario de nuestra vida: allí somos engendrados como hijos de Dios. Es decir, allí el amor divino nos descubre que nos había elegido antes de crear el mundo y nos había destinado a ser hijos en su Hijo, y allí realiza este designio sirviéndose de la maternidad de la Iglesia. El cristiano nace *de* la Iglesia y *a* la Iglesia. Es decir, de la comunidad de los creyentes recibe la fe y los sacramentos que lo convierten en nueva criatura, y, al recibirlos, entra a formar parte de la misma comunidad. De manera que, cuando la Iglesia

²⁴ Mt 23,9.

engendra nuevos creyentes, se engendra a sí misma. Y esta maternidad la Iglesia la ejerce en las parroquias; así lo muestra ese signo que es la pila bautismal. Esto nos muestra la primera y fundamental tarea de la parroquia: la iniciación cristiana, que es el complejo proceso de sacramentos y de catequesis que nos hacen y nos educan como cristianos. En las circunstancias de hoy, esta tarea necesita que pongamos a su servicio los mejores medios y las personas más formadas de la comunidad, como sé que ya lo hacéis.

Pero la parroquia no agota su misión iniciándonos en la experiencia cristiana. Es también el lugar donde esta experiencia crece, madura y se comparte de forma permanente. Es la comunidad donde es posible hacer hoy la experiencia del evangelio. O, dicho de otro modo, la parroquia es una escuela de santidad, donde se cultivan las virtudes teológicas, la escucha religiosa de la Palabra, la interioridad cristiana. La parroquia ha hecho siempre santos y debe seguir haciéndolos.

Y por último, como hogar paterno, la parroquia está siempre abierta para acoger a los descarriados y celebrar con alegría su regreso. El pecado nos afecta a todos, como personas y como comunidad. Por eso hemos de estar en un proceso continuo de conversión. Todos los miembros de la comunidad, según su situación y ministerio, deben participar en esta misión de reconciliación: unos representando

al Padre que acoge y otros al hermano que, a diferencia del hermano mayor de la parábola, invita, media y celebra la vuelta del hermano perdido.

2. COMUNIDAD ESPONSAL

En los Evangelios, Jesús se sugiere como el novio, como el esposo amante. Y San Pablo y el Apocalipsis presentan a la Iglesia como la «esposa de Cristo», la «novia del Cordero». Es una imagen entrañable que expresa el amor mutuo, la compenetración y la donación entre Cristo y su Iglesia.

La comunidad parroquial encarna esta sponsalidad y, por eso, vive totalmente centrada en Jesús, vive de él, con él y para él. Allí aprendemos a seguir a Jesús, a imitarle, a amarle. Y, por eso, la comunidad cristiana se convierte en el cuerpo visible de Jesús en el mundo. Jesús, última y definitiva Palabra del Padre y don supremo de su amor, es para nosotros el camino, la verdad y la vida. Por eso nuestra comunidad es, ante todo, la familia de Jesús, porque escucha su palabra y la cumple.

3. COMUNIDAD FRATERNA

Desde el principio, la conciencia de ser hijos de Dios nos

ha llevado a llamarnos y ser «hermanos». «Todos vosotros sois hermanos»²⁵, decía el Maestro.

La fraternidad cristiana nace de ver en los otros el rostro del Dios Trinitario y considerarlos como don de Dios para mí, al mismo tiempo que me descubro como don del mismo Dios para ellos. Y esto me exige acogerlos y sentirme responsable de sus vidas como me siento de la mía propia. Jesús compara las relaciones entre sus discípulos con su propio amor, «amaos los unos a los otros como yo os he amado»²⁶. Más aún, con las mismas relaciones trinitarias: «Que todos sean uno como tú, Padre, estás en mí y yo en ti»²⁷.

Nuestras parroquias no pueden ser meros centros de servicios religiosos. Necesitan ser comunidades vivas de creyentes donde compartimos fraternalmente la fe y los bienes, nos interpelamos y enriquecemos mutuamente, celebramos juntos la esperanza común y nos sentimos corresponsables de la tarea evangelizadora. Para ello necesitaremos realizar actividades que refuercen los lazos de amistad; crear momentos de encuentro como asambleas, convivencias, excursiones; potenciar los cauces de corresponsabilidad como los consejos, los grupos o comisiones. Todo esto nos puede resultar difícil porque vivimos en una cultura marcada por el individualismo y la desconfianza;

²⁵ Mt 23,8.

²⁶ Jn 15,12.

²⁷ Jn 17,11.

más aún nos encontramos con que muchos cristianos entienden y viven su fe de manera aislada, con muy poco sentido eclesial.

4. COMUNIDAD ECLESIAL

La parroquia es encarnación y manifestación de la Iglesia, pero no es toda la Iglesia. Ante todo sólo se puede entender en referencia permanente a la Iglesia particular, que es la unidad eclesial completa. La parroquia es como una célula viva de la Iglesia particular, en donde los cristianos de un barrio o pueblo viven la comunión de fe, de culto y de misión con la misma Iglesia diocesana. Esto le exige ser fiel al magisterio y a las directrices del obispo, y hacer suyos los proyectos y los planes pastorales de la diócesis. Pero, además, la parroquia debe tomarse en serio su inserción en dos estructuras intermedias que hoy parecen imprescindibles para vertebrar nuestras grandes diócesis: la vicaría episcopal territorial y el arciprestazgo. A distintos niveles, estas estructuras son necesarias como lugares de encuentro, de estudio y de acción conjunta de las distintas parroquias que operan en un territorio. Una parroquia cerrada sobre sí misma, dominada por lo que llamamos «espíritu de campanario», desvirtúa su propia consistencia eclesial, se empobrece y, por tanto, daña también la experiencia eclesial de sus miembros.

La comunión con la Iglesia diocesana nos asegura ya la comunión con la Iglesia universal, ya que el obispo es el vínculo permanente entre la Iglesia que preside y la Iglesia universal, de cuyo Colegio Episcopal forma parte. Pero, además, la comunidad parroquial debe vivir de forma directa su relación con el Obispo de Roma, escuchando su magisterio y obedeciendo sus leyes y directrices, y con las demás Iglesias particulares, promoviendo su conocimiento y aportando su ayuda a las más necesitadas. Toda parroquia, por pequeña que sea, debe sentirse responsable de la evangelización en el mundo entero.

5. FAMILIA DE FAMILIAS

La familia, célula primera y vital de la sociedad, para los cristianos, es también una «Iglesia doméstica», es decir, una manifestación pequeña, pero eficaz y decisiva, del misterio y de la misión de la Iglesia. Reunida en el nombre del Señor por el sacramento del Matrimonio, recibe y transmite el amor de Cristo, convirtiéndose así en fruto, signo e instrumento tanto de la sponsalidad como de la maternidad de la Iglesia²⁸. De ahí que, a pesar de sus características específicas, parroquia y familia sean dos comunidades

²⁸ La participación de la familia en la vida y misión de la Iglesia, es descrita magistralmente en la exhortación apostólica de Juan Pablo II *Familiaris consortio*, 49-64.

cristianas con una función muy similar. Las dos son manifestaciones concretas y visibles de la Iglesia de Cristo; las dos encarnan su maternidad espiritual engendrando y educando nuevos creyentes; las dos ofrecen la posibilidad real de vivir la fraternidad cristiana; y las dos tienen la misión de transmitir el Evangelio con la palabra y el testimonio, y de ser germen e instrumento de la nueva humanidad.

Esta semejanza se debe vivir como complementariedad: parroquia y familia se necesitan mutuamente y no se pueden entender la una sin la otra. La parroquia engendra a la familia en el sacramento del matrimonio, la educa con el anuncio de la palabra de Dios a través de la predicación, la catequesis y la formación permanente, y la edifica mediante la celebración de la Eucaristía y la invitación constante a vivir el servicio del amor. Y, a su vez, la familia ofrece a la parroquia nuevos creyentes y le presta su colaboración necesaria e inestimable en el proceso de la iniciación cristiana, la ayuda a ser ámbito de fraternidad y le permite penetrar con su mensaje en el mundo de las relaciones familiares y sociales. Como decía bellamente Juan Pablo II, «la familia es la cuna de la Iglesia»²⁹. De ahí que la pastoral familiar, proceso complejo con etapas distintas que tiene por objeto construir las familias, sea una «pastoral constitutiva» para la propia comunidad parroquial: construyendo las familias se construye la parroquia.

²⁹ *Familiaris consortio*, 15.

Para el trabajo en grupo

2. ¿Por qué se afirma que la parroquia es y debe ser, cada vez más, familia?
3. ¿Qué podemos hacer en nuestra parroquia para crecer como familia?

III. LA PARROQUIA, CASA DE DIOS Y DEL HOMBRE

La casa es el domicilio de la familia, el lugar del encuentro y de la convivencia íntima entre sus miembros, su ámbito de seguridad, el sitio de referencia para encontrarlos y la visibilización de sus características peculiares, su identidad y su historia. No es extraño que los cristianos designemos con la misma palabra, «ecclesia», a la familia de Dios, y al lugar donde vive y se reúne. Y el mismo Nuevo Testamento contempla a la «Iglesia del Dios vivo» como «casa de de Dios»³⁰. Una casa que tiene a Cristo como piedra angular, a los apóstoles y profetas como fundamentos, y en cuya construcción nos integramos todos los cristianos como piedras vivas³¹.

1. LUGAR DE ENCUENTRO CON DIOS

La parroquia es lugar de presencia y actuación del Dios Trinitario en la historia concreta de los hombres, y por tanto, lugar de encuentro con él. Es como la «tienda del encuentro» de la Nueva Alianza.

³⁰ 1 Tm 3,15; 1 Co 3,9.

³¹ Cf. Ef 2,19-22; 1 Co 3,9-16; 1 P 2,4-8.

1.1. La escucha de la Palabra

Como creemos en un Dios que nos ha hablado y nos habla, la parroquia es lugar de la escucha, custodia y anuncio fiel de la palabra de Dios. Esta misión, que llamamos «proféctica» es primera y fundante, porque la palabra de Dios es la que nos congrega y constituye como comunidad de fe. La parroquia, como la Iglesia, es verdaderamente «criatura de la Palabra». Ella es el lugar más habitual y ordinario donde esa Palabra es escuchada y transmitida de varias maneras. Y, además, es el lugar donde la Palabra puede ser más comprensible, porque se dirige a hombres concretos, adaptándose a sus circunstancias personales, a sus niveles de fe y a las condiciones sociales, culturales y lingüísticas propias. En la parroquia, la Palabra unas veces se dirige a no creyentes o a «creyentes insuficientes» para alumbrar la fe: es lo que llamamos «acción misionera». Otras veces, se dirige a creyentes que necesitan conocer mejor la verdad revelada, conformar su personalidad creyente y aprender a vivir en cristiano: entonces hablamos de «acción catequética». Y siempre se dirige a todos los cristianos para ayudarles a madurar y crecer como tales, para fortalecerlos ante los peligros y para convertirlos en evangelizadores: es lo que podríamos llamar «pastoral educativa».

1.2. La Oración

Dios, cuando habla, espera siempre nuestra respuesta³². Por eso el cristianismo se distingue por el arte de la oración y las parroquias han de ser auténticas «escuelas de oración»³³. Es sintomático que el primer nombre de los edificios donde se reunía la comunidad cristiana fuera «casa de oración». De hecho, la parroquia ha enseñado a orar a los cristianos de todos los tiempos y les ha proporcionado formas sencillas de oración, adecuadas a la sensibilidad de cada momento. En el mundo de hoy, que pone a prueba la fe de tantos modos, los cristianos sin oración corren el peligro, no sólo de ser cristianos mediocres, sino «cristianos con riesgo». Y por eso hace falta que la educación en la oración se convierta de alguna manera en un punto determinante de toda programación pastoral»³⁴. Y dentro de este objetivo, debe ocupar un lugar destacado la celebración de alguna de las Horas principales de la Liturgia de las Horas, sobre todo Laudes y Vísperas³⁵.

Íntimamente relacionadas con la oración están las variadas formas de piedad popular, que complementan y ayudan a la vida estrictamente litúrgica. Son actos y ocasiones en los que se entremezclan casi siempre los contenidos

³² Cf. *Dei Verbum*, 25.

³³ Cf. JUAN PABLO II, *Novo millennio ineunte*, 32-33.

³⁴ JUAN PABLO II, *Novo millennio ineunte*, 34.

³⁵ Cf. *Ordenación General de la Liturgia de las Horas*, 21; *Novo millennio ineunte*, 34.

de la fe con el sentido festivo, vividos desde la sencillez de los sentimientos del pueblo y las costumbres e historia de cada lugar; por eso tienen su sede y ámbito, casi siempre, en las parroquias. Y, precisamente porque son los que mejor encarnan la idiosincrasia de cada pueblo y su historia religiosa, son también los que más configuran, al menos ante la sociedad, el «rostro propio» de cada parroquia. La Iglesia valora y favorece estas manifestaciones de fe del pueblo sencillo, y reconoce su importancia evangelizadora. Pero anima también a cuidarlas y a purificarlas de las adherencias que amenazan siempre con oscurecer su sentido genuino³⁶.

1.3. Los Sacramentos

A través de los sacramentos, signos eficaces instituidos por Cristo para comunicarnos la vida divina, Jesús sigue ofreciendo la salvación a todos los hombres, como hacía con las palabras y acciones de su vida mortal. Sólo que ahora, Jesús comunica la salvación por medio de la Iglesia, que es su Cuerpo. De modo que, por una parte, la Iglesia

³⁶ El magisterio eclesial se ha preocupado bastante de este tema. Entre los documentos de la Iglesia universal, cabe destacar la exhortación de Pablo VI *Evangelii nuntiandi*, 48 y el *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia*, de la Congregación para el Culto divino. También el Episcopado Español ha iluminado la cuestión en repetidas ocasiones: *Evangelización y renovación de la piedad popular* (1987), *Liturgia y piedad popular* (1989), *Religiosidad popular* (1990).

hace los sacramentos, ya que Cristo actúa a través de ella; pero, por otra, los sacramentos hacen a la Iglesia, en cuanto que por ellos entramos en comunión con el Dios Amor, uno en tres Personas.

Como la parroquia es una manifestación concreta de la totalidad de la Iglesia, en ella, y sólo en ella, se realiza todo el despliegue sacramental. Y en ella sucede lo mismo que decíamos de la Iglesia: la parroquia hace los sacramentos y los sacramentos constituyen la parroquia. Ella es, al mismo tiempo, instrumento de salvación y fruto de esa misma salvación. Los siete sacramentos cubren todas las etapas y todos los momentos importantes de la vida del cristiano: dan nacimiento y crecimiento (sacramentos de la iniciación cristiana), curación (sacramentos de curación) y misión a la vida de fe (sacramentos al servicio de la comunidad)³⁷.

Ya hemos hablado de la importancia que tienen para la parroquia, que encarna la maternidad de la Iglesia, los tres sacramentos de la iniciación cristiana, que son los que ponen el fundamento de toda la vida cristiana. Pero, quien da la vida, debe también cuidarla cuando está amenazada por el pecado o la enfermedad: de ahí la importancia de la Penitencia y de la Unción de enfermos, a través de los cuales Jesús sigue perdonando y curando. Los dos requieren hoy de la parroquia un gran esfuerzo educativo para superar fuertes y variadas dificultades ambientales. Y también la parroquia, que tiene la responsabilidad especial de cultivar

³⁷ Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1210.

la vocación común y la misión de todos los discípulos de Cristo, necesita conceder suma importancia a los dos sacramentos, Orden y Matrimonio, que confieren una misión especial en la Iglesia y sirven a la edificación del Pueblo de Dios. Ciertamente el Orden es el único sacramento que no se suele celebrar en la parroquia; pero está muy presente en ella de manera singular. En efecto, la parroquia es comunidad cristiana completa porque en ella está presente el ministerio apostólico del obispo a través del párroco y demás sacerdotes, que, bajo su autoridad, presiden la comunidad y actúan en nombre de Cristo como maestros, sacerdotes y pastores³⁸. Por eso debe educar a sus fieles para que conozcan y estimen el ministerio sacerdotal, reconozcan las gracias que les vienen a través de este servicio y fomenten entre sus miembros la vocación al sacerdocio ministerial.

1.4. El Año litúrgico

A lo largo de cada año, la Iglesia desarrolla todo el misterio de Cristo, desde su nacimiento hasta su muerte, resurrección y venida del Espíritu. «Commemorando así los misterios de la redención, abre las riquezas del poder santificador y de los méritos de su Señor, de tal manera que, en cierto modo, se hacen presentes en todo tiempo para que puedan los fieles ponerse en contacto con ellos y llenarse

³⁸ Cf. *Presbyterorum Ordinis*, 4-6.

de la gracia de la salvación»³⁹. El centro de este recorrido es el Tríduo Pascual, que es como la fuente que llena con su resplandor todo el año litúrgico⁴⁰.

No cabe duda que la parroquia, por ser una comunidad estable y convocar a todos los cristianos de un territorio, es la que mejor permite instruir al pueblo de Dios sobre los misterios y la espiritualidad de cada uno de los tiempos litúrgicos, y celebrarlos con un estilo propio. Es significativo al respecto que la Iglesia aconseje celebrar los ritos del Tríduo Pascual sólo en las parroquias, aunque permita celebrarlos en todas las iglesias y oratorios⁴¹. Por otra parte hay que decir que el seguimiento de Cristo en este admirable itinerario pedagógico y sacramental, constituye sin duda una de las fuentes principales de la vitalidad de la parroquia y de su misión educadora.

2. ESCUELA DE FORMACIÓN

«Ella (la parroquia) debe encontrar su vocación, el ser una casa de familia, fraternal y acogedora, donde los bautizados y confirmados toman conciencia de ser Pueblo de Dios. Allí, el pan de la buena doctrina y el pan de la Euca-

³⁹ *Sacrosanctum Concilium*, 103.

⁴⁰ Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1168.

⁴¹ Cf. *Carta circular de la Congregación para el Culto divino sobre la preparación y celebración de las fiestas pascuales*, 16-I-1988.

ristía son repartidos en abundancia en el marco de un solo acto de culto; desde allí son enviados cada día a su misión apostólica en todas las obras de la vida del mundo»⁴². Estas palabras de la exhortación *Catechesi tradendae* de Juan Pablo II nos recuerdan que la misión educadora de la parroquia no se acaba con esa formación básica que es la iniciación cristiana; necesita ser una escuela permanente que ofrece medios para madurar y enriquecer la vida de fe y capacitar para la misión. Destaquemos las ofertas educativas que resultan hoy más necesarias.

2.1. Catecumenado de adultos bautizados

Todo aquel que se ha iniciado en la fe cristiana durante su niñez y adolescencia, necesita reiniciarse en la edad madura. Bien porque la primera iniciación fue deficiente, bien porque, aunque hubiera sido adecuada, el adulto necesita replantarse de nuevo su fe para responder a los retos y exigencias que le plantea hoy su vida. Son los motivos que expone con toda lucidez la citada exhortación: (Hay adultos) «que en su infancia recibieron una catequesis proporcionada su edad, pero que luego se alejaron de toda práctica religiosa y se encuentran en la edad madura con conocimientos religiosos más bien infantiles; otros que se resienten de una catequesis sin duda precoz, pero mal orientada o mal asimilada; otros que, aún habiendo nacido

⁴² *Catechesi tradendae*, 67.

en países cristianos, incluso dentro de un cuadro sociológicamente cristiano, nunca fueron educados en su fe y, en cuanto adultos, son verdaderamente catecúmenos»⁴³. Por eso las parroquias deben ofrecer un servicio de nuevo catecumenado para adultos bautizados e invitar a recorrerlo al mayor número posible de cristianos. En esta acción nos jugamos la calidad de la comunidad y de todas sus demás acciones. Porque muchas de las insuficiencias y fracasos de los agentes de pastoral se deben a que no han tenido ocasión de personalizar su fe y de tener un conocimiento serio y orgánico del mensaje cristiano. Y la importancia eclesial y las dificultades de la tarea exigen en esta materia proyectos diocesanos, aprobados por el obispo, que unifiquen los contenidos, la estructura y los medios.

2.2. Formación permanente

La vida personal de fe, el camino de la santidad, es un proceso vital constante de crecimiento y maduración. Por eso la parroquia necesita ofrecer a todos medios que favorezcan este crecimiento.

La actividad formativa más frecuente y la que llega a un mayor número de personas, es, sin duda, la predicación, tanto la que se realiza en el marco de la liturgia como la que se produce en otras ocasiones como novenarios, tríduos, misiones, conferencias cuaresmales, etc. Aunque

⁴³ *Ibíd.*, 44.

sea competencia principal de los sacerdotes, toda la comunidad debe colaborar a su realización, no sólo con la escucha atenta y creyente, sino aportando opiniones y ayudas para su mejor calidad.

Otra formación que la parroquia debe ofrecer de forma permanente es la bíblica. Somos el «pueblo de la Palabra». La Iglesia, y nuestra comunidad parroquial que la representa, es criatura, hogar y servidora de la palabra de Dios. Ella es «sustento y vigor de la Iglesia, firmeza de fe para sus hijos, alimento del alma, fuente limpia y perenne de la vida espiritual»⁴⁴. Ciertamente, toda la predicación y la catequesis están al servicio de la palabra de Dios e intentan hacerla comprensible para nosotros. Pero la Biblia es un libro difícil de leer, porque se escribió hace bastantes siglos y en una cultura distinta de la nuestra. Por eso la parroquia, además de la predicación y la catequesis, necesitará de otros cauces, como pequeños cursos o conferencias, para enseñar a comprender el lenguaje bíblico, las etapas de la historia sagrada, la estructura y peculiaridad de los distintos libros, etc.

Y una tercera línea de formación permanente que han realizado siempre las parroquias y que hoy sigue siendo más importante si cabe, es la formación llamada «espiritual», es decir, para la vida personal de fe. Esta formación se realiza, ante todo, a través del «acompañamiento espiritual», que antes llamábamos «dirección espiritual», es de-

⁴⁴ *Dei Verbum*, 21.

cir, la orientación a cada persona para que crezca y madure según su vocación propia, superando sus dificultades. La disminución de la frecuencia del sacramento de la Reconciliación, con el que estaba íntimamente unido este acompañamiento, ha puesto en peligro este seguimiento personalizado, que es una dimensión irrenunciable de la pastoral cristiana. De ahí que necesitemos cuidarlo de modo especial. Y, además, de la atención personal, la parroquia ofrece también medios comunitarios de ayuda a la vida espiritual como ejercicios espirituales, retiros, meditaciones y educación para la oración, de la que ya hemos hablado.

2.3. Formación para la vida y el servicio

Los cristianos laicos, que son la gran mayoría, tienen que vivir su fe y testimoniarla en los ámbitos y circunstancias de la vida: familia, trabajo, relaciones económicas y sociales, medios de comunicación, ocio y tiempo libre... Cada uno de estos ámbitos presenta unas dificultades y unos retos para el creyente. Por eso la formación cristiana no se puede quedar en la transmisión de las verdades de fe y de los principios morales generales, sino que debe enseñar a vivir todas estas realidades mundanas. De hecho la Iglesia ha desarrollado una gran reflexión en los últimos tiempos sobre estos grandes ámbitos vitales, pero esta reflexión, por desgracia, es desconocida por muchos creyentes. De ahí que la parroquia deba también ofrecer cauces formati-

vos sobre estos temas, que son los que permiten superar esa gran tentación actual de separar la religión y la vida.

Por otra parte, la realidad de nuestras comunidades es, gracias a Dios, cada día más participativa y muchos laicos desempeñan en ella responsabilidades y servicios importantes. Ahora bien, toda tarea concreta al servicio de la comunidad, bien sea en el campo de la liturgia, de la catequesis, o de la caridad, exige una capacitación adecuada, cuyos contenidos y métodos vienen marcados por las exigencias propias de cada tarea. Abundan cada día más las escuelas o institutos de pastoral a nivel diocesano, que se preocupan de responder a esta necesidad. Pero no todos los fieles tienen la posibilidad de acudir a estos centros, por razones de lejanía, trabajo, obligaciones familiares, etc. Hace falta una formación «a pie de obra», que sólo pueden realizar las parroquias. Será una formación sencilla, pero que tiene todas las ventajas de su cercanía a la acción, a la que prepara, acompaña y revisa. Y esta capacitación será más fácil y eficaz si las principales tareas de la parroquia son gestionadas por equipos o grupos de trabajo, más que por personas aisladas. Porque el propio equipo se convierte en el mejor cauce de formación, tanto inicial como permanente.

3. CASA ENCARNADA

La parroquia es «la misma Iglesia que vive entre las casas de sus hijos y de sus hijas»⁴⁵ y por eso se caracteriza por ser una comunidad asentada en un territorio con límites precisos. Esta configuración territorial es, ante todo, vehículo de encarnación en un ambiente humano determinado y concreto. Es misión de la parroquia ofrecer el Evangelio, que de por sí está destinado a toda la humanidad, a los hombres y mujeres que viven en este pueblo o en este barrio. Y para esto necesita integrarse en ellos, como una casa entre otras casas, para poder traducir el mensaje evangélico a los modos de entender, de vivir y de expresarse de estas colectividades. Gracias a la territorialidad la parroquia ha conseguido ser parte integrante y hasta elemento configurador de nuestras aldeas, pueblos y ciudades. Y, de este modo, ha configurado comunidades con «rostro propio», con una manera y estilo peculiar de anunciar y vivir el Evangelio.

Aunque hay que decir en seguida que la territorialidad no asegura automáticamente esta encarnación. Hace falta que cada comunidad haga un esfuerzo constante, primero, de conocimiento de su medio humano en sus componentes sociales, económicos, culturales, religiosos y morales. Después, que sepa interpretar esta realidad a la luz de la fe «para discernir en los acontecimientos, exigencias y de-

⁴⁵ *Christifideles laici*, 26.

seos, de los cuales participa juntamente con sus contemporáneos, los signos verdaderos de la presencia o de los planes de Dios»⁴⁶, y los aspectos que están en contraste con el proyecto de Dios y que nacen del pecado. Y, por último, descubrir cuáles son las necesidades más importantes y urgentes que tiene esta colectividad en orden a la evangelización y saber dar respuestas adecuadas y comprensibles a esas necesidades. La encarnación es un proceso constante, ya que la idiosincrasia, la cultura, y las situación humana de las colectividades está en permanente evolución y cambio.

4. CASA ABIERTA

Gracias a la territorialidad, que es el criterio más neutro e irrelevante desde el punto de vista de las opciones humanas, la parroquia es una comunidad abierta a todos.

Primero a todos los bautizados. Acoge a los cristianos de toda edad, condición social, nivel cultural y opción política. Y, además, los recibe en sus distintos niveles de fe: desde el cristiano comprometido hasta el no practicante o alejado. Y a todos los evangeliza desde lo común y radical del ser cristiano. Esta es su gloria y también su cruz, ya que esto la convierte con frecuencia en una comunidad pobre, elemental y heterogénea, que tiene que estar luchando

⁴⁶ *Gaudium et spes*, 11.

continuamente por hacer crecer a todos y lograr la unidad en la diversidad, como lugar de la comunión de todos los creyentes⁴⁷.

La parroquia ha de estar abierta también a las instancias cristianas *supra* o *extraparroquiales*. Para llevar el mensaje y la gracia del Evangelio a las múltiples y variadas condiciones de vida de los hombres, hacen falta muchas plataformas y formas de presencia y acción, que no pueden tener como centro y punto de partida la parroquia⁴⁸. Pero esto no quiere decir que no tengan ninguna relación con la parroquia. Más bien hay que afirmar que la parroquia necesita establecer con ellas una relación de mutuo intercambio y colaboración. Los movimientos y las parroquias son dos tipos de plataformas que se necesitan para enriquecerse mutuamente y hacer más eficaz su misión. El que tantas veces aparezcan como plataformas alternativas e incluso contrapuestas, denuncia fallos importantes en la manera de entender y de vivir la especificidad y misión tanto de unos como de las otras.

Y la parroquia tiene que estar abierta a todo el que se acerque a ella, aunque no sea cristiano. Más aún, ella misma tiene que hacer un esfuerzo por acercarse a todos. Porque la territorialidad está señalando siempre el campo de misión y recordándonos a quiénes no hemos conseguido llegar todavía. Como a Pablo en Corinto, Dios nos está di-

⁴⁷ Cf. *Christifideles laici*, 27.

⁴⁸ Cf. *Christifideles laici*, 26.

ciendo continuamente: «No temas, sigue hablando, no te calles, porque yo estoy contigo, y nadie intentará hacerte mal. En esta ciudad hay muchos que llegarán a formar parte de mi pueblo»⁴⁹.

5. CASA DE LOS POBRES

«La Iglesia no puede descuidar el servicio de la caridad, como no puede omitir los Sacramentos y la Palabra»⁵⁰. Porque, para ella, «la caridad no es una especie de actividad de asistencia social que también se podría dejar a otros, sino que pertenece a su naturaleza y es manifestación irrenunciables de su propia esencia»⁵¹. En consecuencia, la atención a la pobreza desafía al mismo ser de la parroquia y a todos sus planteamientos, Y esto nos exige «actuar de tal manera que los pobres, en cada comunidad cristiana, se sientan como en su casa»⁵². La encíclica *Deus caritas est* de Benedicto XVI, en su segunda parte, nos ha descrito maravillosamente la identidad, la calidad y los retos del servicio de la caridad en la Iglesia. Pero aquí nos basta recordar que ser *casa de los pobres* le exige a la parroquia ser:

⁴⁹ *Hch* 18, 9-10.

⁵⁰ *Deus caritas est*, 22.

⁵¹ *Ibíd.*, 25.

⁵² *Novo millennio ineunte*, 49.

5.1. Parroquia pobre

No se puede evangelizar a los pobres desde planteamientos de riqueza. Si la parroquia quiere llevar a los pobres la fuerza liberadora del Evangelio, ella misma tendrá que ser pobre. Tendrá que dejar de apoyarse en los sectores pudientes de la sociedad y liberarse de antiguos privilegios y compromisos que le hacen perder libertad. Los cristianos más conscientes y representativos tendrán que animarse a vivir de manera sobria y sencilla, sin dejarse arrastrar por el consumismo. Se tendrá que eliminar todo aquello que resulte suntuoso y provocativo para los pobres.

5.2. Parroquia de los pobres

Ser «casa de los pobres» exige también ser un lugar donde se sientan acogidos y que puedan considerar como suyo. Para ello habrá que conocer mejor sus problemas desde el contacto y la relación humana directa, identificarse con sus aspiraciones y luchas justas, y hacerles sitio en la vida y marcha de la parroquia.

5.3. Parroquia para los pobres

El mayor capítulo del presupuesto parroquial debe ser el destinado a los pobres. Pero, para evitar los efectos tranquilizadores, habrá que potenciar los gestos y las acciones que nos pongan en contacto directo con los problemas y

nos hagan participar activamente en las soluciones: «Es la hora de una nueva *imaginación de la caridad*, que promueva no tanto y no sólo la eficacia de las ayudas prestadas, sino la capacidad de hacerse cercanos y solidarios con quien sufre, para que el gesto de ayuda sea sentido no como una limosna humillante, sino como un compartir fraterno»⁵³. Y, naturalmente, todo esto le exige a la parroquia cuidar más, en todos los procesos catequéticos, una verdadera educación para la caridad.

6. LA ECONOMÍA DE LA CASA

Como toda casa, la parroquia necesita también una economía para subsistir y atender a sus necesidades. Pero la economía de la comunidad cristiana debe de estar transida por los valores evangélicos; no se trata de una empresa más. Lo cual se deberá concretar en los siguientes criterios:

—Una economía basada en el *compartir*: todos los fieles deben ser educados a colaborar en los gastos de la parroquia. Y, además de los cauces tradicionales, habrá que buscar otros nuevos que expresen mejor tanto la libertad como el compromiso serio.

—Una economía que *priorice las tareas evangelizadoras y caritativas*: se deberá evitar que la mayor parte de los

⁵³ *Ibid.*

presupuestos vayan a gastos superfluos o a actividades secundarias respecto a lo que constituye la misión prioritaria de la parroquia.

—Una economía totalmente *transparente*: puesto que el dinero lo aportamos todos, todos tenemos derecho a la máxima información sobre sus destinos.

—Una economía *cogestionada*: aunque el párroco es el administrador de los bienes de la parroquia⁵⁴, «en toda parroquia ha de haber un consejo de asuntos económicos que se rige, además de por el derecho universal, por las normas que haya establecido el obispo diocesano, y en el cual los fieles, elegidos según esas normas, prestan su ayuda al párroco en la administración de los bienes de la parroquia...»⁵⁵. Este consejo asesor no se debe limitar a controlar los ingresos y los gastos, sino que tiene que ayudar a buscar fuentes de financiación y estudiar una distribución de los bienes que esté conforme con las necesidades pastorales y con la prioridad ineludible de la atención a los más necesitados.

⁵⁴ Cf. C.I.C., c. 532.

⁵⁵ *Ibid.*, c. 537.

Para el trabajo en grupo

4. ¿Qué podemos hacer para que nuestra parroquia sea «escuela de oración»?
5. ¿Qué se está haciendo en nuestra parroquia para mejorar la celebración de los sacramentos de la Iniciación Cristiana (Bautismo, Confirmación y Eucaristía)? ¿Podemos hacer algo más?
6. Enumerad detalladamente las ofertas habituales de formación que ofrece vuestra parroquia. Valorad si son suficientes, si responde a lo que se necesita...
7. «La parroquia es insustituible e insuficiente a la vez»: ha de estar abierta a otras instancias cristianas supra o extra-parroquiales (asociaciones, movimientos apostólicos, comunidades de vida cristiana...). ¿Qué colaboración y complementariedad hay entre vuestra parroquia y esas instancias extra-parroquiales?

IV. LA PARROQUIA, MESA DE LOS HIJOS DE DIOS

Si Jesús, según sus propias palabras, es «el pan vivo bajado del cielo... para la vida del mundo»⁵⁶, su Iglesia es la mesa donde se come ese pan: ese es el alcance del mandato «Haced esto en memoria mía»⁵⁷, que crea esta correlación: la Eucaristía edifica la Iglesia y la Iglesia hace a su vez la Eucaristía⁵⁸. Y la parroquia, presencia cercana a todos de la Iglesia, es la mesa más habitual donde la mayoría de los hijos de Dios reciben la Eucaristía. Por eso hay que afirmar también que la parroquia vive de la Eucaristía y hace la Eucaristía.

1. LA EUCARISTÍA, CENTRO Y CUMBRE DE LA VIDA PARROQUIAL

La Eucaristía es el centro vital del culto, de toda la vida cristiana y de toda la evangelización: «El sacramento más augusto, en el que se contiene, se ofrece y se recibe al mismo Cristo nuestro Señor, es la santísima Eucaristía, por la que la Iglesia vive y crece continuamente. El Sacrificio eucarístico, memorial de la muerte y resurrección del Señor,

⁵⁶ *Jn* 6,51.

⁵⁷ *Lc* 22,19; *1 Co* 11,24-25.

⁵⁸ Cf. *Sacramentum caritatis*, 14.

en el cual se perpetúa a lo largo de los siglos el Sacrificio de la cruz, es el culmen y la fuente de todo el culto y de toda la vida cristiana, por el cual se significa y se realiza la unidad del Pueblo de Dios y se lleva a término la edificación del Cuerpo de Cristo. Así, pues, los demás sacramentos y todas las obras eclesíásticas de apostolado se unen estrechamente a la Santísima Eucaristía y a ella se ordenan»⁵⁹.

Esta centralidad de la Eucaristía en la Iglesia se aplica, claro está, a toda comunidad cristiana: «No se construye ninguna comunidad cristiana si ésta no tiene su raíz y centro en la celebración de la sagrada Eucaristía»⁶⁰. Y, entre las comunidades, destaca la parroquia, de la que hay que afirmar con toda claridad: «en definitiva, la parroquia está fundada sobre una realidad teológica, porque ella es una *comunidad eucarística*. Esto significa que es una comunidad idónea para celebrar la Eucaristía, en la que se encuentran la raíz viva de su edificación y el vínculo sacramental de su existir en plena comunión con toda la Iglesia»⁶¹. Es decir, la parroquia es el lugar privilegiado donde vivimos el misterio de la Iglesia porque es el lugar más habitual y uno de los más adecuados para participar en la Eucaristía. Si «la principal manifestación de la Iglesia tiene lugar en la participación plena y activa de todo el pueblo santo de Dios en las mismas celebraciones litúrgicas, especialmente en la

⁵⁹ C.I.C., 897.

⁶⁰ *Presbyterorum Ordinis*, 6.

⁶¹ *Christifideles laici*, 26.

misma Eucaristía, en una misma oración, junto a un único altar, que el obispo preside rodeado por su presbiterio y sus ministros»⁶², a continuación en importancia hay que situar la Eucaristía parroquial, que participa de la eclesialidad de la Eucaristía celebrada por el obispo y constituye la razón de ser de la creación de las parroquias⁶³.

Que la Eucaristía sea el corazón mismo de la vida de la parroquia, no debe ser sólo una verdad que se cree, sino también una verdad que se celebra adecuadamente y se vive. Y esto exige relacionar con la Eucaristía todas las tareas de la parroquia y todos sus ministerios. Precisamente por ser una comunidad estable, que integra a todos los cristianos del territorio y lleva a cabo todas las tareas de la Iglesia, la parroquia es la que mejor puede visibilizar y vivir que, en la Iglesia, todo nace de la Eucaristía y todo conduce hacia ella.

2. EL DÍA DEL SEÑOR Y LA COMUNIDAD PARROQUIAL

La principal y más característica celebración eucarística de la parroquia es la Eucaristía dominical, que, como dice la exhortación *Dies Domini*, «con la obligación de la presencia comunitaria y la especial solemnidad que la ca-

⁶² *Sacrosanctum Concilium*, 41.

⁶³ *Ibid.*, 42.

racterizan, precisamente porque se celebra «el día en que Cristo ha vencido a la muerte y nos ha hecho partícipes de su vida inmortal», subraya con nuevo énfasis la propia dimensión eclesial, quedando como paradigma para las otras celebraciones eucarísticas⁶⁴.

La Iglesia destaca, en primer lugar, la solemnidad de esta Eucaristía, que se expresa en un mayor desarrollo ritual y eucológico, en la importante presencia del canto y en la participación de los distintos ministerios litúrgicos: monitores, lectores, cantores, acólitos... Pero, sobre todo, señala que es el signo eminente de la comunión eclesial: «es el lugar privilegiado donde la comunión es anunciada y cultivada constantemente. Precisamente a través de la participación eucarística, el *día del Señor* se convierte también en el *día de la Iglesia*, que puede desempeñar así de manera eficaz su papel de sacramento de unidad»⁶⁵. Por eso convoca en este día a todos los cristianos y pide la participación unida de toda la comunidad: «En las Misas dominicales de la parroquia, como «comunidad eucarística», es normal que se encuentren los grupos, movimientos, asociaciones y las pequeñas comunidades religiosas presentes en ella. Esto les permite experimentar lo que es más profundamente común para ellas, más allá de las orientaciones espirituales específicas que legítimamente les caracterizan. Por esto en domingo, día de la asamblea, no se han de fomentar las

⁶⁴ *Dies Domini*, 34.

⁶⁵ *Novo millennio ineunte*, 36. Cf. *Ecclesia de Eucaristía*, 41.

Misas de los grupos pequeños... , se ha de procurar salvaguardar y promover plenamente la unidad de la comunidad eclesial»⁶⁶.

Benedicto XVI ha recordado que la Eucaristía dominical hace al cristianismo, no sólo en su dimensión eclesial y comunitaria, sino también como modo de vivir: «La Eucaristía, al implicar la realidad humana concreta del creyente, hace posible, día a día, la transfiguración progresiva del hombre, llamado a ser por gracia imagen del Hijo de Dios. Todo lo que hay de auténticamente humano –pensamientos y afectos, palabras y obras- encuentra en el sacramento de la Eucaristía la forma adecuada para ser vivido en plenitud»⁶⁷. Retomando una preciosa fórmula de San Ignacio de Antioquia, el Papa expresa así la esencia de la vida cristiana: «el domingo es el día en que el cristiano encuentra esa forma eucarística de su existencia y a la que está llamado a vivir constantemente. «Vivir según el domingo» quiere decir vivir conscientes de la liberación traída por Cristo y desarrollar la propia vida como ofrenda de sí mismos a Dios, para que su victoria se manifieste plenamente a todos los hombres a través de una conducta renovada íntimamente»⁶⁸.

Y, desde esta transformación vital producida por la Eucaristía, se comprenden las diversas dimensiones del Domingo para los cristianos, que ya habían sido señaladas

⁶⁶ *Dies Domini*, 36.

⁶⁷ *Sacramentum caritatis*, 71.

⁶⁸ *Ibid.*, 72.

por Juan Pablo II en la exhortación *Dies Domini*: «es día del Señor, con referencia a la obra de la creación; día de Cristo como día de la nueva creación y del don del Espíritu Santo que hace el Señor Resucitado; día de la Iglesia como día en que la comunidad cristiana se congrega para la celebración; día del hombre como día de alegría, descanso y caridad fraterna». Con razón concluye Benedicto XVI: «De este día brota el sentido cristiano de la existencia y un nuevo modo de vivir el tiempo, las relaciones, el trabajo, la vida y la muerte»⁶⁹.

3. EUCARISTÍA Y MISIÓN

La celebración eucarística acaba con un envío: «Podéis ir en paz». «Ir», ¿por qué?, ¿a dónde?, ¿para qué? «Cuando uno ha vivido una experiencia auténtica del Resucitado, alimentándose de su cuerpo y de su sangre, no puede guardar sólo para sí la alegría experimentada. El encuentro con Cristo, continuamente ahondado en la intimidad eucarística, suscita en la Iglesia *la urgencia de testimoniar y de evangelizar...* La despedida al final de cada Misa constituye una *consigna* que impulsa al cristiano a comprometerse en la propagación del Evangelio y en la animación cristiana de la sociedad»⁷⁰. De ahí que Benedicto XVI añada: «Por

⁶⁹ *Ibid.*, 73.

⁷⁰ JUAN PABLO II, *Mane nobiscum Domine*, 24.

eso la Eucaristía no es sólo fuente y culmen de la vida de la Iglesia: lo es también de su misión: Una Iglesia auténticamente eucarística es una Iglesia misionera»⁷¹. Y nosotros podemos añadir: si la parroquia es, por antonomasia y excelencia, una comunidad eucarística, debe ser también una comunidad esencialmente misionera. Es la misma Eucaristía la que le da el motivo y la fuerza para la misión. El «Podéis ir» nos revela así una dimensión irrenunciable de la parroquia. Y la misión primera y fundamental que recibimos de los Misterios celebrados es la de dar testimonio con nuestra vida de lo que hemos recibido. Del culto ritual pasamos al culto existencial, que unas veces nos exigirá el martirio, como a tantos hermanos nuestros, y siempre «el testimonio alegre y convencido de una vida cristiana coherente allí donde el Señor nos llama a anunciarlo»⁷².

4. EUCARISTÍA Y CARIDAD

La Eucaristía no proporciona tan sólo la motivación y la fuerza interior para la misión, sino también el *proyecto*.

«Cada celebración eucarística actualiza sacramentalmente el don de la propia vida que Jesús ha hecho en la Cruz por nosotros y por el mundo entero. Al mismo tiempo, en la Eucaristía Jesús nos hace testigos de la compasión

⁷¹ BENEDICTO XVI, *Sacramentum caritatis*, 84.

⁷² *Ibid.*, 85.

de Dios por cada hermano y hermana. Nace así, en torno al Misterio eucarístico, el servicio de la caridad para con el prójimo...»⁷³. Porque es como si Cristo nos dijera, como al final de la parábola del buen samaritano: «Ve y haz tú lo mismo». Cada miembro de la comunidad sale de la Eucaristía con el proyecto y la exigencia de «amar hasta el extremo» a cada ser humano con el que se relacione.

Pero, además, al final de la Misa se nos invita a «ir en paz». Y esto nos descubre otra dimensión de la caridad que hemos de testimoniar y vivir. Porque la paz de Cristo es el último don salvífico de la nueva alianza, el que los resume todos. Los cristianos somos enviados a un mundo que en parte aguarda el Evangelio y en parte se opone a él con hostilidad: «Mirad, os envío como ovejas en medio de lobos»⁷⁴. Pero, ante la acogida o el rechazo, los cristianos somos siempre portadores, sembradores de paz. Porque «la Eucaristía no es sólo expresión de comunión en la vida de la Iglesia; es también *proyecto de solidaridad* para toda la humanidad»⁷⁵. «La *mística* del Sacramento tiene un carácter social»⁷⁶ que nos impulsa a construir la paz, a luchar por una sociedad lo más justa posible, a ayudar para superar las situaciones de pobreza, a denunciar las situaciones indignas del hombre, a compartir nuestros bienes, en una

⁷³ *Ibíd.*, 88.

⁷⁴ *Mt* 10,16.

⁷⁵ *Mane nobiscum Domine*, 27.

⁷⁶ *Sacramentum caritatis*, 89.

palabra, a trabajar sin descanso en la construcción de la civilización del amor. La Eucaristía le exige a la parroquia «ser fermento de nueva humanidad» como en seguida veremos.

Para el trabajo en grupo

8. ¿En qué se nota que la Eucaristía es el centro y la cumbre de la vida parroquial?
9. ¿Qué más podemos hacer en nuestra parroquia para mejorar la celebración de la Eucaristía dominical?

V. LA PARROQUIA Y LA CALLE

La calle es el sitio de todos, lugar de encuentros y de desencuentros, de alegrías y de sorpresas, también de peligros, camino hacia el trabajo y hacia el ocio, muestrario de ofertas, espacio a la intemperie, lugar de fachadas, de exhibiciones y de hipocresías; la calle es el mundo. Y la parroquia está situada en la calle, como una casa entre las casas, y con un número determinado y arbitrario. ¿Qué le ofrece la parroquia a la calle y por tanto al mundo?

1. LA PARROQUIA, COMUNIDAD PÚBLICA

Decía Jesús: «Lo que os digo en la oscuridad, decidlo en la luz, y lo que escucháis al oído, predicadlo desde lo alto de las casas»⁷⁷. «Yo he hablado abiertamente al mundo: yo he enseñado siempre en la sinagoga y en el templo, donde se reúnen todos los judíos, y no he hecho nada a escondidas»⁷⁸. El Evangelio es un mensaje esencialmente público porque va destinado a todos y pretende cambiar el mundo. Por eso la Iglesia, su portadora, es siempre «un signo levantado ante las naciones».

La parroquia encarna esta esencial dimensión pública de la Iglesia y por eso es todo lo contrario a una comunidad o grupo clandestino o esotérico. Su templo, casa y sím-

⁷⁷ Mt 10,27.

⁷⁸ Jn 18,20.

bolo de la comunidad que en él se reúne, quiere hacerse notar, llamar la atención con su campanario y sus símbolos externos. Está abierto a todos: al creyente, al turista, al mendigo... e incluso al ladrón. Y allí se acoge a todos para ofrecerles un recinto de paz y de oración, para escucharles y orientarles, para ayudarles en sus necesidades espirituales y materiales, para comprender sus lágrimas, para ofrecerles unas relaciones gratuitas y personalizadas. La parroquia intenta ser casa de toda persona que acude a ella., sin exigir ninguna entrada ni condición.

Además, la parroquia quiere ser conocida por todos: su esfuerzo de comunicación la convierten en un punto de referencia sociológico al servicio del carácter público del mensaje cristiano. En sus carteleras, en sus boletines o revistas, en su páginas web, informa de todas sus actividades, servicios y prestaciones, incluso de sus cuentas. Su predicación, sus catequesis, sus orientaciones pueden ser escuchadas por todos los que lo deseen.

2. PARROQUIA Y SOCIEDAD

Pero la parroquia no es solamente pública por estar presente de forma notoria en su ámbito humano, sino también porque actúa sobre él interfiriendo en todas las relaciones humanas y en todos los elementos que configuran la vida social: los familiares, los económicos y laborales, los políticos. Es una fuerza que intenta remodelar la sociedad y ser

fermento de una humanidad nueva. Gracias en gran parte a ella, la Iglesia puede decir de sí misma: «Ciertamente la Iglesia, persiguiendo su propio fin salvífico, no sólo comunica al hombre la vida divina, sino que, en cierto modo, también difunde el reflejo de su luz sobre el universo mundo, sobre todo por el hecho de que sana y eleva la dignidad humana, consolida la cohesión de la sociedad, y llena de más profundo sentido la actividad cotidiana de los hombres. Cree la Iglesia que de esta manera, por medio de sus hijos y por medio de la entera comunidad, puede ofrecer una gran ayuda para hacer más humana la familia de los hombres y su historia»⁷⁹.

Para seguir ejerciendo esta labor humanizadora en las condiciones de la sociedad actual, la parroquia necesita ciertamente tomarse en serio determinadas tareas de las que no siempre es consciente. Primero, necesita educar la dimensión social de la fe, dando a conocer las líneas fundamentales de la doctrina social de la Iglesia. También necesita promover el compromiso de los laicos en la vida pública, concienciándolos, formándolos y acompañándolos. Potenciar la labor promocional de los servicios asistenciales, como *Cáritas*, Pastoral Sanitaria o Pastoral Penitenciaria. Desarrollar una pastoral misionera en los ámbitos de la vida social más vinculados de alguna manera a la residencia y más asequibles al carácter territorial de la parroquia: la problemática referente a la familia, los problemas educa-

⁷⁹ *Gaudium et spes*, 40.

tivos, el tiempo libre, las actividades juveniles, la calidad de vida del barrio o pueblo, la citación laboral, la tercera edad, las bolsas de marginación social... Y para ello tendrá que coordinar su acción con los organismos sociales especializados y pedir la ayuda de los movimientos apostólicos que tienen como objetivo incidir en las distintas áreas.

3. PARROQUIA Y CULTURA

Al igual que sucede entre la Iglesia y la cultura humana, los vínculos entre la parroquia y la cultura local de su ámbito son múltiples⁸⁰. No podía ser de otro modo, ya que la cultura es la forma compartida de entender la vida una colectividad, que se plasma en el arte, costumbres, lenguaje y normas de convivencia, y la parroquia intenta transmitir también una forma de vivir.

En primer lugar, la parroquia, siguiendo el ejemplo del mismo Dios que nos ha hablado según la cultura propia de las diversas épocas, intenta transmitir el mensaje evangélico, explicarlo y celebrarlo, a través del lenguaje, los símbolos, las costumbres y la idiosincrasia de cada pueblo o barrio. En este sentido, la parroquia ha hecho y hace un esfuerzo constante por amoldarse a la comunidad humana en la que está implantada, por inculturarse en ella. Y así, la parroquia es vivida siempre como algo, no foráneo ni extraño, sino que pertenece al pueblo o barrio.

⁸⁰ Cf. *Gaudium et spes*, 58.

En segundo lugar, como la Iglesia no está ligada exclusivamente a ninguna cultura ni a ningún pueblo o raza, la parroquia rompe el enclaustramiento de las culturas locales y las abre a relacionarse con otras formas de cultura que las enriquecen. En este sentido, aunque la parroquia sea siempre del pueblo, actúa siempre como un factor de universalidad, de catolicidad.

Tampoco falta la función purificadora sobre la cultura de los pueblos, también sometida a la seducción siempre amenazadora del pecado. Toda cultura necesita ser evangelizada, operación sin la que la evangelización de las personas no acaba de ser completa y está amenazada.

Y, por último, la parroquia ha sido y es creadora de cultura. ¡Que lo digan, nuestros templos, nuestras fiestas, las costumbres familiares y sociales, nuestras asociaciones y hasta nuestro folklore! No se puede escribir la historia cultural de ninguno de nuestros pueblos y ciudades sin constatar esa acción fecunda de las parroquias que, como desde dentro, han completado y restaurado las bellezas y cualidades espirituales de cada pueblo o edad. Como dijo Juan XXIII, la parroquia es como «la fuente de la aldea», el manantial de verdadera humanidad que mana sin cesar.

4. EL DIÁLOGO ECUMÉNICO E INTERRELIGIOSO

La presencia de otras confesiones cristianas no católicas y la de otras religiones, es un hecho muy reciente en

la mayoría de nuestros pueblos y ciudades; al menos con la importancia numérica en que comienza a darse hoy. La parroquia está acostumbrada, desde hace siglos, a ser la única instancia religiosa en su entorno. Y por eso necesita plantearse como desde cero su relación con las otras Iglesias cristianas y con las otras religiones como el Islam o las religiones del extremo oriente. La operación no resulta fácil, ya que estas instancias religiosas, minoritarias en una sociedad mayoritariamente católica, se presentan casi siempre como beligerantes contra el catolicismo.

Siguiendo los criterios de la Iglesia, la primera necesidad que se nos impone es el conocimiento y la valoración de esa pluralidad de planteamientos religiosos. En primer lugar, el pueblo cristiano necesita conocer y valorar lo que nos une con las demás Iglesias cristianas, tanto las Orientales que se están haciendo muy presentes por el fenómeno de la emigración, como las que nacieron de la Reforma. Y al mismo tiempo, necesita también conocer claramente lo que nos separa de ellas. Y la misma necesidad de conocimiento, valoración y discernimiento se impone respecto a religiones tan distintas como el Islam o el Budismo.

Pero, además del conocimiento, la parroquia necesita encontrar formas de colaboración. Ésta será más fácil y menos problemática en las tareas puramente humanitarias: el amor al hombre, la defensa de sus derechos, la ayuda a sus necesidades y la promoción de la paz nos debe unir a todos los que creemos en Dios. Más difícil resultará a las

parroquias la colaboración estrictamente religiosa. Pero, sobre todo con las Iglesias y comunidades cristianas, el *Directorio Ecuménico* nos invita y nos sugiere relaciones entre los pastores y formas de oración en común que pueden contribuir a superar enfrentamientos para sentirnos hermanos, aunque de momento separados por varias cosas. Y algunas parroquias incluso podrán ayudar para que los grupos minoritarios de estas confesiones encuentren locales de culto.

No se puede ignorar tampoco que la nueva presencia de varias religiones tiende a crear una especie de relativismo religioso en los mismos católicos. Y ese peligro necesita ser superado por una formación cristiana más adecuada, que conjugue la originalidad y necesidad de la fe en Cristo con la valoración de otras formas religiosas.

Para el trabajo en grupo

10. La Iglesia alienta el compromiso de los laicos en la vida pública: ¿Ocurre realmente así entre los feligreses de nuestra parroquia? ¿Por qué? ¿Cómo se valora?
11. La fe y las parroquias han sido siempre creadoras de belleza y cultura. ¿Cómo se expresa en nuestra parroquia la preocupación por la belleza y la cultura (literatura, cine, teatro, pintura...)?